

fundió la Nueva de gozo y de triunfo que escucharon los zagales betlemitas. El gobierno de Augusto no es comparable con el reino de Cristo, donde se cifra la verdadera pacificación del universo, la tranquilidad en el orden. Su sede no está en el Palatino, ni en La Haya, ni en Ginebra. Su oráculo no es hoy el sumo sacerdote de Júpiter Státor sino el Pontífice del Vaticano: la cumbre espiritual que descuella invicta más acá del Tíber sobre la Ciudad y el Orbe, con prestigio mayor que el soñado por Horacio en la torre de Mecenas.

JUAN C. GARCIA, Pbro.
(B. A.)



El conflicto italo-etíope

Guillermo Valencia, a quien el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario reconoce en toda su plenitud el título de Maestro, publicó en «Claridad» el estudio que hoy ofrecemos a nuestros lectores.

“Libros de Reyes”, llamaron los antiguos a la historia, al observar que la existencia de los grupos humanos había sido algo accidental que se subordinaba a las empresas autocráticas y a los intereses de las dinastías; mas un autor moderno quiere que la apellidemos “Belihistoria”, para acentuar así el lado sangriento de los anales del pasado. Constante batallar fue siempre la vida de los pueblos, y el ansia por asegurar una paz duradera, signo el más palpable de la evolución hacia el bien. Para desdicha, este ideal, cuando creemos acercarnos, va alejándose como la isla de Delos, y en ocasiones, cual la de San Barandón, se hunde súbitamente en el abismo.

Estas breves consideraciones nos sirven de mirador pa-

ra seguir desde lejos el conflicto italo-etíope que, conmoviendo al mundo actual, ha destacado también con fuerza singular a los actores principales del drama, en el escenario africano: Inglaterra, Francia, Italia y Etiopía. Veamos en breve esbozo la personalidad internacional de los actores.

Gran Bretaña, Irlanda e Islas adyacentes, contienen 45 millones de habitantes, distribuidos en 314.000 kilómetros cuadrados que constituyen su área territorial. El Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte, con sus islas, colonias, protectorados, etc., ocupan una superficie de 36 millones de kilómetros cuadrados con 450 millones de habitantes: casi la cuarta parte de la humanidad existente. El imperialismo en función de diplomacia y de conquista explica por sí solo esa hipertrofia colosal. En el fondo del proceso del crecimiento palpitan la violencia o la astucia influídas por el ambiente general de cada época. Hubo un tiempo en que el gran pueblo disputó sin ser vencido, con turcos y berberiscos, el campeonato de la piratería. Aún guardan los sagrados muros de Cartagena de Indias las cicatrices de los cañones piráticos y la torre superstita de Panamá la vieja se irgue todavía como testigo acusador. Drake murió en Jamaica con todos los honores de un almirante! Para alivio de Albión, cumple decir que no sólo ella ejerció por aquellos tiempos tan lucrativa industria. Pecados de la época! Hoy, en cambio, Inglaterra ofrece sus barcos para garantizar el reinado del derecho...

El equivocado celo y la desnivelada caridad del padre Las Casas crearon para América dos graves problemas: el de la esclavitud y el del aporte de un nuevo factor de mestizaje. Inglaterra y Holanda casi monopolizaron la provisión del “marfil negro”. “Del año 1700 a 1782, dos millones de esclavos fueron conducidos a las Indias Occidentales por sólo dos compañías inglesas de las dedicadas a ese tráfico”. Ya podrá calcularse el número de seres arrebatados a su país del año 1517 al de 1807 cuando Inglaterra declaró la infame trata como una “felonía digna de castigo”. Esta noble reacción le costó después la vida al admirable Gordon. Al presente, Inglaterra parece cerrar los ojos ante la empedernida esclavista Abisinia, y sólo atiende al fuero de soberanía.

Durante la Era victoriana cuéntanse por decenas las guerras de conquista. A propósito, escribía entonces un humorista cubano: "Para mantener vivo el espíritu militar de sus tropas, prepara Inglaterra, de tiempo en tiempo, una guerra deportiva con algún pueblo inferior y maloliente a quien ha provisto con anticipación de un buen lote de fusiles de los tiempos de Wellington para poder, sobre seguro, darle un tute de caballos con fusiles modernos". Aun después de la guerra mundial, Inglaterra salió engrandecida por el conflicto.

Francia posee un área propia de 565.000 kilómetros cuadrados con 43 millones de habitantes y un dominio colonial veinte veces tan grande como aquélla, cubierto por 52 millones de hombres. Nación imperialista, su expansión, con breves excepciones, ha sido fruto de las guerras. Admirable colonizadora, ha sabido captarse la voluntad de los nativos, y aunque ejerció también la piratería y el tráfico de hombres, hízole en escala menor. El cuadro de negreros registra 14 compañías inglesas, 15 holandesas, 4 portuguesas, 4 danesas y 3 francesas.

El actual patrimonio colonial francés, por su calidad y distribución geográfica, colma vastamente cualquier ideal expansionista.

Italia, antes del actual conflicto, disponía de un área de 311.000 kilómetros para 45 millones de pobladores, lo que implica una densidad de 125 habitantes por kilómetro. Tripolitania, Cirenaica, Eritrea y Somalia, amén de la isla de Rodas, y el Dodecaneso en el Egeo, formaban su patrimonio colonial medianamente poblado.

Está fuera de duda que el territorio italiano propiamente dicho no alcanza a satisfacer las necesidades de sus habitantes. De allí el éxodo continuo en emigraciones regulares que en ciertos años han pasado de 350.000 individuos. Causa de tan agotadora sangría es sin duda la constitución geológica del suelo, producto y perpetua víctima de un vulcanismo que ha obrado allí de dos maneras: como fuerza destructora y como factor de esterilidad. Lo que hoy resta de Italia es la columna vertebral de una porción terrestre

muy semejante en sus trazos a la España actual, y que en época remotísima fue devorada por el mar. Hace veinte siglos que la erupción constante de uno de sus volcanes sirve de faro a los marinos, como ocurría ya en tiempos de Nerón. La isla de Capri, va por caso, registra una veintena de espantables terremotos a través de los siglos. La ceniza arrojada por los cráteres, durante millones de años, cubre extensiones continuas hasta de 5.000 kilómetros y da a la tierra una porosidad esponjosa muy poco propicia a los cultivos. Colosales masas rocosas de las regiones altas originan el deslizamiento incesante del suelo: aldeas, caminos, puentes, ferrocarriles, mudan de lugar con la destrucción consiguiente. Los antiguos italianos revisaban cada 20 años los mojones delimitadores de sus predios, para reacomodarse con los vecinos. Por eso el labriego busca de preferencia las alturas; así esquivaba el cataclismo que sin cesar le acecha, de forma que lo que en otros pueblos es accidente raro y no previsto, para el hijo de Italia es peligro permanente. Agréguese que el valle del Pó, la llanura privilegiada del país, impone un vigilar constante de los diques que encauzan el río, trabajosamente contruidos, en parte, desde la más remota antigüedad y aún incompletos en largos trayectos (el curso fluvial es de 700 kilómetros) y "su ondas pasan, en algunos sitios por entre diques, a la altura de los tejados".

Bajo la presión de estos factores, Italia se buscó su puesto al sol africano, en lo que aún restaba por repartirse, pero con tan mala ventura que tales colonias no le retribuirán nunca las fabulosas cantidades invertidas en su adaptación y mejora: Tripolitania, la más extensa, es en su mayor parte una proyección del Sahara.

La situación geográfica de Italia destinóla para siempre a factor decisivo en mar y tierra; en el aire quiere serlo también. Su vivir ha sido una lucha sin tregua, afrontada siempre ante el dilema de vencer o ser vencida, conquistar o ser conquistada, sin que le sea dable esquivar ese destino ineludible. Italia es uno de aquellos predestinados sitios de colisión humana, como Egipto, como España, como los Dardanelos, como Panamá. El siglo XIX que emplearon otros

pueblos en expandirse, consumiolo Italia en reconstruir la antigua, destrozada unidad, clave de su eternal destino. Cosa análoga le acaeció a Alemania. Por eso, cuando a fines del siglo XIX llegaron ambas a la partición de la tierra, la hallaron ya distribuida, como en el poema de Schiller, y es casamente hubo sitio para ellas. Comenzaron entonces, aunque tardíamente, en su conquista de lo indeseado.

La pasada centuria asistió al descubrimiento y desmembración del continente Negro. Inglaterra, Francia, Bélgica, en grado menor Alemania y en mucho más pequeño Italia y Portugal, fueron los paladines de aquella increíble hazaña, en que la figura humana se mostró tal cual es: gestora de proezas inauditas y reo de inconfesables villanías; magnánima y cobarde, sanguinaria y sufrida, generosa y rapaz, pérfida y caballeresca, estoica y desenfrenada, sublime en fin o miserable.

La primera etapa de la penetración fue desinteresada y simpática: como toda obra de finalidad científica. Seguramente detrás de los geógrafos, de los naturalistas y los aventureros, se agazapaba el imperialismo al que parecieron ajenos, o lo fueron realmente, aquellos adelantados de la tierra desconocida.

Para hablar con propiedad, fue a fines del siglo antepasado (1877) cuando comenzó la exploración que se trocó más tarde en el "asalto de Africa". De aquel año hasta el de 1904, se efectuaron 41 expediciones, inglesas en su mayor parte, francesas, belgas, alemanas, egipcias, italianas, portuguesas y algunas españolas. Concluida la investigación referente al conocimiento de los grandes ríos y lagos, de la orografía, la geología, las fuentes principales de riqueza, inicióse la era de las incursiones armadas, con sus conocidos métodos y consecuencias. Sobre aquel período de grandeza y miseria flotan algunos nombres: Bruce, Della Cella, Chapperton, Lauder, Richardson, Barth, Livingstone, Mauch, Grandidier, Nachtigal, Cecchi, Chiarini, Borelli, Newman, Stanley, Villatte, Brazza, Ballay, Wismann, Serpa Pinto, Emin Pachá y mil más. No olvidemos tampoco a Disraeli y a Gladstone, ni a Lesseps ni a Lavigerie.

A la zaga de los descubridores inicióse la conquista: estados mayores, barcos, regimientos, ilustres jefes: Gordon, Kitchner, Moltke, Galieni, Marchand, Cassani, Cecil Rhodes, Lord Roberts, entre muchos. La diplomacia saneó luego los títulos creados por la conquista: 11 convenciones y arreglos (1885-1919) regulan el uso de los ríos, fijan esferas de interés y zonas de influencia, reparten territorios, arrebatan Estados constituídos, consagran preponderancias, instalan protectorados, crean, en fin, mandatos sobre las antiguas colonias de los vencidos de la gran guerra.

Por su parte, los nativos tienen también sus héroes: Abd-el Kader, (el Madhi) Samory, a quien llamaron "el Napoleón africano", el coronel Boot, etc., etc.

En resumen: esa gigantesca empresa que inició la geografía en 1778, fue conducida por la política, ejecutada por la estrategia, cimentada por la diplomacia y revisada y corregida por el tratado de Versalles de 1919. El continente misterioso de otros tiempos, la tierra incógnita en la cartografía de veinte siglos, el Africa tenebrosa de Stanley, es actualmente un feudo de Inglaterra y de Francia en sus tres cuartas partes; resta la cuarta, subdividida en dos, de las cuales lleva Portugal una mitad; Abisinia, Italia y España cargan con el resto. Tal es la situación presente.

No es del caso analizar la conquista en sí misma. La población indígena del Africa vivió desde que haya memoria, en un estado demencial de constante violencia, sin más deportes que la caza, el asesinato, el rapto, el robo y el incendio, con todos los matices del más cruel refinamiento. Rarísimas son las tribus que escaparon a este sino salvaje. Es un deber declarar que los conquistadores han ejecutado en muy vastos sectores una obra de civilización portentosa. La lucha contra la esclavitud, la difusión del cristianismo, (obra de las misiones), la reducción de los salvajes nómades, el castigo de los delincuentes, la enseñanza de las artes, el saneamiento de los lugares, la incesante campaña contra las enfermedades regionales, la difusión de la enseñanza, la apertura de rutas de toda clase, la incorporación de los más aptos a las funciones de gobierno, son los títulos con

que se presenta Europa ante el tribunal de la historia. Queda por liquidar su sentido ético en la utilización del trabajo humano; el cotejo entre la esclavitud, al modo árabe, y los métodos actuales para beneficiarse de la mano de obra. Resta, además, por reducir a un común denominador, la noción de independencia y libertad que pregona para su pueblo el asiático Gandhi y el concepto que tienen de las mismas los políticos europeos.

La guerra de 1914 fue una lucha por la hegemonía, entre las potencias imperialistas de Europa, lucha a que puso término el tratado de Versalles. La organización de la Sociedad de Naciones, fue el resultado inmediato del pacto versallesco, que al resolver transitoriamente cierta clase de problemas que planteó la gran guerra, dejó pendientes otros de incalculable alcance. De las cinco naciones firmantes que calificó el tratado "como las principales potencias aliadas y asociadas", Japón e Italia sufrieron el aplazamiento de su magno problema nacional: el gran desequilibrio entre sus áreas territoriales utilizables y su cifra de población. De las 6.000 y más islas que constituían el patrimonio territorial del Japón, las mayores y unas cuántas más, soportaron la carga de 80 millones de habitantes acrecidos con un excedente anual de un millón de nacimientos. Ya hemos visto también la situación de Italia en lo tocante a territorio y población. A estas dos potencias victoriosas venía a sumarse Alemania con 68 millones de almas, y su proverbial prolijidad, empeorada por la total captación de sus colonias. La presión incontenible de esos gases explica, naturalmente, los preparativos de Hitler y las realizaciones del Japón en Manchuria y actualmente en la frontera china, y de Mussolini en Etiopía.

El tratado de la post-guerra creó un estado provisional en vez del definitivo que se anhelaba, y aunque arregló cuestiones del presente, no destruyó el pasado que ha seguido influyendo en los destinos de los pueblos, como antecedente o como ejemplo. Las nombradas potencias, poco o nada favorecidas, siguieron abrumadas por su vital problema, y las normas de justicia y equilibrio internacional del pacto

de la Liga vinieron a colocarlas contra el muro, frente al dilema: la rebeldía o el suicidio. El noble y luminoso edificio jurídico de la Sociedad de Naciones fue levantado, pues, en uno de sus cuerpos principales, sobre una fundación desplomada. En eso estriba la causa del actual desequilibrio. De una parte están las normas que garantizan la independencia de los pueblos, las que guardan la santidad de los tratados, las que buscan la solución pacífica de las diferencias, las que proveen a la dignidad de la persona humana, a su mejoramiento cultural, a su amparo social, en una palabra, a su dignificación intelectual, y de otra parte surgen las imperiosas exigencias de grandes conglomerados humanos, su necesidad de vivir, su anhelo de mejorar, la urgencia de medios para dilatar su energía creadora, o sea la pugna del ideal contra las fuerzas de la vida. Esta disparidad, esta antinomia, esta colisión de fuerzas han convertido la conquista etiópica en un complicado nudo que algunos pretenden soltar a filo de espada.

No comprendemos cómo el problema de Abisinia no se solucionó utilizando uno de aquellos eufemismos internacionales que se conocen con el nombre de protectorados o mandatos. Hasta pudo inventarse una nueva categoría: cosa que nada veda.

Entendemos todavía menos la presencia de Etiopía en la Sociedad de Naciones; aunque no es muy aventurado colegir quiénes y por qué apadrinaron esa sorprendente inclusión.

De sus 10 millones de hombres, no alcanzan a 2 los que se llaman a sí mismos etíopes, porque la palabra abisinio, que procede del árabe, significa raza abyecta, mezclada y cruzada. Su elogiado cristianismo, que data del siglo IV —primeramente fueron judíos— es sólo un ejercicio de ritos externos. Su religión se reduce a prolongados ayunos y limosnas.

Las mutilaciones de brazos y piernas, la emasculación y las más refinadas torturas, son allí práctica usual y corriente. Es proverbial también su falta de rectitud, de allí su refrán popular: "La mentira da al lenguaje una sal que falta

siempre a la verdad". En cambio, son valerosos y sufridos.

Sus virrepes, reyezuelos, gobernadores de provincias, dueños de feudos y jefes de ciudad no responden de sus actos sino en contados casos. "Con arreglo al código del país —anota un geógrafo insigne— la rebelión del hijo contra el padre y del vasallo contra su señor se castiga con la pérdida de los ojos. Al blasfemo se le corta la lengua. El ladrón pierde su mano derecha. El asesino es entregado a la familia de la víctima y muerto de la misma manera que él ha matado. Los miembros que se amputan a los condenados los cuelgan de su cuello hasta la completa putrefacción o se tuestan a presencia de las víctimas o les son entregados mojándolos en manteca, para que puedan conservarlos y hacerlos enterrar con el resto del cuerpo a fin de que se levanten enteros el día del juicio final". Los gallas, que constituyen la tribu más aguerrida de Etiopía, son de una crueldad inigualada. Durante tantos siglos han vendido niños y jóvenes de sangre enemiga y aún de su propia sangre, a los tratantes árabes, que han llegado a transformar las razas de Nubia, Egipto y Arabia. ¿Qué de más o qué de menos tienen estos salvajes, que sus congéneres del resto del Africa bárbara? Su ras Tafari es como cualquier Madhí de la cuenca nilótica.

La convivencia en Ginebra con esos descendientes del rey Salomón, va resultando incómoda a historiadores y estadistas.

Por todos los aspectos antedichos, el problema italo-etíope es esencialmente europeo, pero se ha hecho extensivo a los demás miembros de la Liga por la involucración de un pasado histórico —de que no son ellos responsables— en un complejo de normas jurídicas a que tampoco es dable renunciar. La casi totalidad de repúblicas de América concurren a Ginebra exentas de imperialismo y con levísimas cuentas qué arreglar con el pasado, puesto que nuestra emancipación se consumó contra la esclavitud de todo género, y se rescataron los pecados de los mayores a precio de la propia sangre. Hasta qué punto la solidaridad nos obliga a aceptar como intachables los títulos que creó la violencia? Las buenas intenciones del presente no logran

abolir los errores —cuando menos— del ayer. Una cosa es el pacto de la Liga como fortuna de justicia universal, y otra como absolución y consagración de la voracidad imperialista y de repartos que, recuerdan el del capón entre Zapirón y Misifú. La presa fue dororada. Sólo se salvó el asador. Por qué? "Era caso de conciencia".

Aceptada por Estados poderosos, siquiera sea en forma teórica, la igualdad jurídica con los que no lo son, los países menores sintieron un suave alivio y alimentaron una gran esperanza. De la neutralidad de las potencias ante los conflictos de los estados pequeños; de su desinterés cuando intervienen; de su imparcialidad como juzgadores, se sustenta la fe de las naciones desprovistas de un serio poder militar, que viven y se nutren con la excelencia del derecho. De allí la delicadeza extrema del caso que estamos contemplando. A la Sociedad de las Naciones se ofrece esta alternativa: o desconoce la conquista italiana de Etiopía o se cruza de brazos ante el hecho cumplido como lo hiciera ya con el Japón. Aquí del gran Quevedo: "Sólo son delincuentes los que pueden ser castigados".

El desconocimiento y las sanciones pueden desatar una guerra mundial y aun cuando pugnan con la justicia distributiva, con los antecedentes del reparto del Africa, con procedimientos recientes alegables, con la ley de necesidad y de conservación vital que invoca Italia, se salvarían los principios en que se funda la Sociedad de Naciones. Mas, si ésta no reacciona ante la obra de conquista, queda fallada la futura suerte de los países débiles. Por eso los actuales momentos son de trascendencia incalculable y de una responsabilidad que abrumba.

Para las naciones de América, como es lógico suponer, es éste un instante decisivo. Así lo entienden todas y parece que están obrando en consecuencia. Sea cualquiera el rumbo que tome el problema italo-etíope, su solución repercutirá reciamente en el alma de estos pueblos. Situación tan anómala y delicada exige de ellos un serio intercambio de ideas y un estudio conjunto de propósitos y de me-

dios. Todo concurre a la armonía de las Américas, comenzando por su unidad continental convertible en península monstruosa, defensible a todo lo largo de su vastísimo perímetro. La cerrazón del horizonte anuncia pavorosas tormentas, y hay que prepararse a resistirlas. La precipitud de los sucesos impone la rapidez en los procedimientos. A la conferencia de Buenos Aires debe asistir América con la conciencia ya formada de su deber futuro. No se consigue esto con las congeladas notas, llenas de vaguedades, que emanan de las cancillerías. Los acuerdos deben surgir del intercambio directo entre jefes de estado, de la colaboración técnica de las asociaciones pertinentes, de la labor americanista y bien dirigida de la prensa, del concurso eficaz de sociólogos y estadistas.

Encontramos laudable el propósito del presidente señor López de buscar ese cambio de ideas, primeramente con los países limítrofes, vinculados por la geografía y por el pasado histórico. El programa es muy vasto, pero es concreto y positivo. Posiblemente encontrará dificultades el sacrificio propuesto de ciertas doctrinas particularistas para ser sustituidas por una fórmula de solidaridad intercontinental a base de derechos iguales. Natural es que surjan rivalidades nacionalistas, y otras de origen personal, fruto de la humana flaqueza. Eso no importa. Lo preciso es iniciar, animar, inflamar, obrar, en una palabra. Gobierna hoy la gran república del Norte el segundo Roosevelt, cuya canción del buen vecino casi nos hace olvidar ya la rapsodia de Panamá, que compuso el cazador de infausta memoria.

Las horas son de angustia: hay que apresurarse, hay que acudir, hay que correr. Por un siglo ha dormido dentro de las carpetas el programa anficciónico que nos trazó Bolívar. ¿Por qué no cumplirlo? Emulemos en actividad a los pueblos que toman estas cosas con ardor y pasión que pueden no ir reñidas con la gravedad esencial. Alemania llama "el ministro volador" a su actual canciller que vive ahora en un ir y venir de conferencias y de tratos. A todo pueblo le llega un día de decisión, de audacia y aún de temeridad, lo mismo que a los hombres. Así dejó escrito en su

diario un joven héroe de la guerra mundial. "En la vida la gran llamada viene una vez sólo, y cuando viene, tenemos todas las razones posibles para no responderle, todas, menos una. Si contestamos a ella, cueste lo que cueste, sentimos en nuestro corazón un fluir de ventura que nada puede detener. Si no contestamos, es indiferente que los demás nos perdonen, nosotros no nos perdonaremos nunca".

GUILLERMO VALENCIA

Consideraciones sobre la novela en Rusia y en España

"Juzguemos a los muertos con arreglo a los vivos", dice Azorín en una de sus prosas claras y profundas. La crítica moderna al estudiar el siglo XIX no hace cosa distinta de aplicar la sabia sentencia del estilista levantino.

Muchas veces el moderno entra a saco en la pasada centuria y lanza el grito iracundo que floreció en las bocas de los tercios españoles cuando penetraban en Amberes: "a sangre, a carne, a fuego!". Pero esta furia, que casi siempre se torna en frío desdén, es necesaria y es justa.

Pocos hombres se libran de la cólera y del desprecio. Pero esos pocos son hoy más estudiados y mejor interpretados que en su época. Porque en la historia, y sobre todo en la literatura, los hombres como el Cid ganan batallas ya muertos.

Es el caso de los novelistas rusos y españoles del siglo XIX.

España y Rusia, aunque diferentes por la raza y por la geografía, tienen algo de común. Tal vez su situación en las fronteras del continente —donde unas veces son arietes y otras murallas— les ha impedido asimilar completamente el espíritu de la cultura europea. Hay en ellas un conti-